

SAUSSURE EN LOS MANUSCRITOS DE GINEBRA Y DE HARVARD

HERMAN PARRET

1. EL LUGAR AFORÍSTICO DE LA VERDAD Y SU METAFÍSICA LIMINAL

No es nuestro propósito cultivar el mito de los “dos Saussure”, uno diurno y otro nocturno; uno ginebrino y marsellés el otro; el autor de *Mémoire* y profesor de un curso de lingüística general y el descriptor de los *Anagrammes*, el investigador de las leyendas germánicas, el analista de la filosofía y la mitología hindú y el lingüista-consejero de Flournoy. Las inquietudes, escrúpulos y contradicciones que abundan en los manuscritos de Ginebra y de Harvard son las de un lingüista-filósofo, cuya epistemología es programática y cuyo pensamiento imaginativo está anclado en una metafísica que no controla conceptualmente pero que domina un saber que se quiere obstinadamente positivo, evidente y “claro” a pesar de la oscuridad desesperante del objeto.

Cierto estructuralismo de los años cincuenta y sesenta tendió a petrificar el pensamiento saussureano sobre el lenguaje, insinuando que su filosofía proclamaba “la muerte del sujeto”. La eclosión asombrosamente abundante de los estudios saussureanos que siguieron a este período —Engler, Starobinski, Gadet, Wunderli, Normand, Fehr, Bouquet, Badir— utilizan el eslogan estructuralista hasta llegar a descubrir en Saussure una búsqueda obstinada de la “subjetividad en el lenguaje”, una nueva filosofía del espíritu protocognitiva, una semiología transdisciplinaria. De modo que el Saussure actual es in-

creíblemente más enigmático, más inquietante, más rico en perspectivas que aquel de los años sesenta. Pero sobre todo, hemos aprendido a leer a Saussure en el espesor material de sus frases, según el ritmo de su pensamiento abierto: interrupción, repetición, acumulación, denegación. Hemos aprendido a dar cuerpo a secuencias como: “La lengua tiene *conciencia* no solamente de elementos sino también de la *influencia* que ellos ejercen los unos sobre los otros, cuando se los coloca en un cierto orden; la lengua tiene el *sentimiento* de su sentido lógico y de su orden” (1.380.2538.2 *I Rie*).

Que la lengua tenga *conciencia*, que tenga *sentimientos*, son predicaciones donde la connotación hace soñar... El espesor textual de las notas de Saussure, editadas o inéditas, subvierte la ortodoxia homogeneizante y vuelve sospechosas no importa qué lecturas que reconstruyen el pensamiento saussureano en “axiomas, principios y tesis”.

Más que ver en Saussure un constructor de “axiomas, de principios y de tesis”, es mejor entender sobre todo la naturaleza de su *instinto*. Este instinto tiene finalidad. Benveniste escribió en 1963, cincuenta años después de la muerte del maestro ginebrino: “Saussure es sobre todo y siempre el hombre de los fundamentos. Va con *instinto* a los caracteres primordiales, que gobiernan la diversidad de los datos empíricos” (Benveniste 1963: 7). Saussure había anotado en la *Mémoire* que esta búsqueda de fundamentos no equivalía a “una especulación de orden trascendente sino [es] una búsqueda de datos elementales, sin los cuales todo flota, todo es arbitrario e incierto” (Benveniste 1963: 9). El gesto teórico de Saussure es *democritiano*: hay que ir a través de la diversidad de los datos empíricos hacia lo más profundo y enlazar lo contingente en su propia *necesidad*. Este gesto a lo Demócrito ya había sido evocado en su bella fórmula de la *Mémoire*: hay que “aprehender los fenómenos *en su lazo interno*” (*Mémoire* 174). El “lazo interno” es la *identidad* del fenómeno, su “necesidad”, pero no una necesidad platónica, porque la identidad del fenómeno es *un punto de vista* (epistemología kantiana, en consecuencia). Este punto de vista es el que crea la profundidad, es una *ascesis*, una *ética*. Los manuscritos de Harvard no dicen evidentemente otra cosa, como por ejemplo cuando Saussure evoca, a propósito de las raíces del léxico, su concepción de la “realidad” del *hecho lingüístico*: “Sin duda, cuando se trata de una cosa como la raíz, se puede decir: ¿qué es lo que usted llama real? [...] Aquel que propone una forma de raíz quiere hacer una *obra racional*” (*Ms. Harv. Fr.* 21, 200).

La profundidad como ascesis, el fenómeno y su identidad, siempre se habrá de evocar esta epistemología dramática, programática, dinámica. Si el imaginario saussureano tiene algo de *alado* (el imaginario hjelmsleviano era más bien *contemplativo*), según la expresión de Zilberberg (1985: 24), es porque la

epistemología del Saussure esencial es *dinámica*: se desarrolla *como una tensión*, incorpora la cesura, la identidad fantasmática. Simon Bouquet circunscribe adecuadamente y con insistencia esta dimensión de su pensamiento:

No es menos estricta una perspectiva (metafísica) que [...] sostiene de forma implícita la teoría del lenguaje (de Saussure). Pero si esta metafísica está implícita a lo largo de la reflexión saussureana, esta aparece bajo una forma explícita: la de una tematización de conceptos primitivos designados como tales, como pertenecientes a una esfera exterior a la lingüística proyectada. (Bouquet 1997: 171)

La “revolución metafísica del ginebrino”, escribirá Bouquet, “reemplaza el paradigma clásico de la representación por una teoría del valor establecida crucialmente [...] sobre una teoría nueva de lo arbitrario lingüístico” (Bouquet 1997: 255). Pero si esta “revolución metafísica” enuncia “el programa de un saber positivo”, una lingüística del signo, del valor y de lo arbitrario que adquiere, muchas veces de manera claramente articulada, “la forma de un desafío epistemológico”, resta aún que la metafísica y la epistemología no son asimilables: están unidas por una “relación complementaria” (Bouquet 1997: 84). El estrato metafísico de una teoría consiste, en efecto, en una red de conceptos primitivos (la lengua, el signo, el lenguaje, el espíritu, la idea, el concepto, la expresión, el sentido, la significación, el valor, lo arbitrario), haz de *indefinibles* que vuelven posible la construcción de una teoría, estrato metafísico donde emerge la estrategia epistemológica y un corpus de proposiciones científicas (1997: 17-19; 169-173).

Me parece sin embargo que en el proyecto “instintivo” de Saussure la metafísica está menos domesticada, es menos inocente, y no “en relación complementaria” con la epistemología. Meditemos sobre el mensaje de la *Note Item* siguiente: “No hablamos ni de axiomas, ni de principios ni de tesis. Son simplemente y en sentido etimológico *aporismos, delimitaciones* [...] *límites entre los cuales se encuentra constantemente la verdad*” (*CLG* (II), 42, N 19, 3328. 5).

El gesto saussureano es *aporístico*, en el sentido etimológico del término: es *delimitación*. Él ahonda su “lugar de verdad” en un *territorio* inmenso, y delimita su *dominio*. El territorio es metafísico; el dominio, epistemológico. Los manuscritos de Ginebra, recientemente descubiertos, como los manuscritos de Harvard, evocan estos límites para desplazarlos fuera de la portada de la construcción teórica. Las dos ocurrencias de “metafísica” en los Fondos de estos manuscritos muestran cómo este territorio es sistemáticamente expulsado para que el dominio metafísico pueda ser delimitado y producido:

En otros dominios, si no me equivoco, se puede hablar de encarar diferentes objetos, si no como cosas existentes en sí mismas [...] (a menos de empujar los hechos hasta los *límites de la metafísica*... de la que entendemos hacer abstracción); [...] La palabra, no más que su sentido, existen fuera de la conciencia que nosotros tenemos de ellos, o que nosotros tenemos en cada momento. Estamos muy lejos de querer hacer aquí *metafísica*. (*Fondos BPU* 1996, XXb, 2; XXIXb)

2. EL "SER VOCAL", DEL CARÁCTER AL ELEMENTO TÁCITO

El gesto aforístico saussureano escarba su lugar de verdad entre la *voz* y el *oído*. No es conveniente localizar el límite en el centro, sino valorizar el trabajo subterráneo de la concretización del *sonido de una voz* que marca, "cosquillea" (Descartes), "hiere" (Lucrecio) cualitativamente al oído, el que, como lo sugiere Saussure, "pronuncia juicios de identidad, decide los parecidos, las identidades y las diferencias", excelente analista apreciado del "color de las vocales". La dialéctica entre la voz y el oído tendría un carácter que Saussure quiere reducir a *elemento*: "El *elemento tácito* crea todo el resto" sugiere en una nota (*Fondos BPU* 1996, III), crea el dominio que queda *sin carácter*, "nulidad interna", sin cualidad, "elemento tácito", porque "el ser vocal" no tiene a la voz como fuente, ni al oído como objeto. La fonología estructural, por motivos epistemológicos, se niega a tomar en consideración a la voz en sus realizaciones infinitas y su impacto estético. La sonoridad de la voz es considerada como "característica", sustancial, material, porque estamos en la pura variabilidad.

El término "voz" aparece una sola vez en los *Principios de fonología* de Troubetzkoy (1939 [1970]), biblia de la fonología estructural. La voz no es, en efecto, para el fonólogo, más que un conjunto borroso, una silueta informe, de particularidades acústico-articulatorias, simple residuo de la forma fonemática. Los grandes estructuralistas —Jakobson, Hjelmslev, Troubetzkoy— son solidarios con esta puesta entre paréntesis de la voz y no hesitan en tomar como testigo a la axiomática saussureana.

Es verdad que para Saussure la voz aparece como la gran reprimida. La voz, sustancia positiva, sustrato sólido de la palabra, no tiene nada de semiótico. La eliminación de la voz, de su "carácter" y de su concreción estética, es una condición de posibilidad para que el "elemento tácito" adquiera valor semiótico. La lengua expulsa lo vocal en la alteridad radical. La voz cualitativa, temporalizada, "característica", se calla. Nada es más evidente en las discusiones concernientes al estatuto epistemológico del sonido y del fonema que

abundan en los manuscritos de Harvard y de Ginebra.¹ Para entender esta masa de notas, es interesante citar la síntesis del *Cours* que realiza Jules Vendryès, discípulo directo de Saussure, donde resume la posición "oficial" del lingüista:

La doctrina de Ferdinand de Saussure disminuye singularmente la importancia de la fonología en la lingüística. Este fonético sutil, al que debemos excelentes análisis hechos sobre el habla viva, no teme enseñar que, cuando se han explicado todos los movimientos del aparato vocal necesarios para la producción de cada fonema, no se explicó el problema de la lengua. La fonología, que es del dominio de la palabra, es, a sus ojos, una disciplina auxiliar, accesoria para la lingüística, ciencia de la lengua. Incluso la *relación* que existe entre *la lengua y el habla* no es fonológica: es *acústica*. Saussure subordina el fenómeno fonético al *fenómeno acústico*. Es por el *oído* que el sujeto hablante adquiere la lengua; la imagen inicial impresa en su cerebro es una *imagen acústica*. La fonación es una ejecución de imágenes acústicas. En consecuencia, la imagen muscular del acto fonatorio es secundaria, y el estudio de los mecanismos de articulación puede quedar fuera del estudio de la lengua. Liberada de sus lazos con la *fisiología*, la lingüística no cae, sin embargo, en la *psicología*. Su dominio propio está a igual distancia de las dos. Sin duda la huella que deja en el cerebro la imagen acústica es esencialmente un hecho *psíquico* [...] El lingüista no debe ocuparse del trabajo psíquico necesario para que la lengua exista. *El acto lingüístico es la asociación de un concepto psíquico y de una imagen acústica*... Ciencia de las relaciones entre valores, la lingüística forma parte de las ciencias *semiológicas*. (Citado en Normand et al. 1978: 168-169. *Itálica del autor.*)

Los manuscritos de Harvard y de Ginebra confirman esta posición pero ofrecen, en su espontaneidad y en su incompletud, fórmulas sugestivas, encuentros inesperados, exclusiones radicales. Saussure caracteriza alegremente las objeciones como "sin importancia para el hecho lingüístico" (*Fondos BPU* 1996, IIa. *Itálica del autor*). No niega que es mejor conocer "el aparato", la "máquina"² y estudiar las condiciones fisiológicas que producen unidades acústicas, pero este estudio no llevará jamás a una fonética semiológica, *general* y *pura*. Hay que eliminar las clasificaciones psicológicas, aquellas que hacen referencia a entidades o mecanismos mentales autónomos y presemióticos.

Estrategia eliminativa, reducción drástica del cuerpo y de la materia. Primero del cuerpo, eliminación de la corporeidad de los músculos, de la lengua, del paladar:

No considero como una verdad evidente a priori, como una cosa que necesite demostración, que uno esté obligado a ocuparse de la lengua del modo en que

se forman los sonidos *en la glotis y en el paladar*. Creo por el contrario que todos tenemos interés en preguntar por qué suponemos que eso sería útil y en qué contribuiría el conocimiento de la producción de sonidos a un conocimiento mayor de la lengua. (*Fondos BPU*. Citado por Bouquet 1997: 258-259)

Hay que anclar “la unidad del fonema en el cerebro”, es decir, en el “espíritu” (en el “orden espiritual”, enuncia Saussure), en la “conciencia” (“el signo es un hecho de conciencia pura” afirmaba). Las unidades de la lengua son de naturaleza *incorpórea*: “De naturaleza *incorpórea*, como todo valor, de lo que hace las unidades de la lengua [...] El valor es algo *incorpóreo*, o al menos hay que representarse las palabras como unidades *incorpóreas*” (*Fondos BPU* 1996. Notes préparatoires pour les cours de linguistique générale, I).

Sin cuerpo, sin materia, la lengua es inmaterial, no investida en lo sensible, en lo perceptible, en lo tangible. Inmaterial: la lingüística no encuentra el “dato del sentido”,³ pero sobre todo el dominio, “lugar de verdad” de la lingüística, que no es *tangible*. Para hablar de este “ser vocal”, una nebulosa de sinónimos o de para-sinónimos se desprenden de las notas manuscritas: imagen acústica, figura acústica, signo vocal, fonismo, medio de expresión, serie de sonidos, imagen verbal, imagen vocal, imagen auditiva, entidad vocal, fenómeno vocal, y sólo muy tardíamente, significante. Los manuscritos de Ginebra recientemente descubiertos incluyen una sección sobre *La identidad en el orden vocal*. Abrir la boca, producir un *orden vocal*, hecho concreto de habla, único hecho dado: “las entidades del orden vocal no son entidades lingüísticas” sino “individuos dados”, “figuras”, “fenómenos”. Sólo las *entidades acústicas* tienen una entidad, hecho abstracto de la lengua, elemento tácito:

La noción de identidad será, en todos estos órdenes, la base necesaria, la que sirve como base absoluta: es por ella y con referencia a ella que se llegan a determinar las *entidades* de cada orden, los términos primeros que el lingüista puede legítimamente creer que tiene frente a él. (*Fondos BPU* 1996, Vb)

Y Saussure concluirá que figura, entidad, fenómeno, imagen no conquistan el estatuto de *ser vocal* sino en nombre de una identidad, de una “vasta operación previa de generalización” (*Fondos BPU* 1996, Vc). Generalización, sin duda, pero también *semiotización*. “La *figura vocal* en sí misma no significa *nada*; la diferencia o la identidad de la *figura vocal* en sí misma no significa *nada*” (*Fondos BPU* 1999, XXIV). Una asombrosa fórmula de Saussure enuncia qué es una operación de semiotización: “La lengua no tiene conciencia del sonido salvo como signo” (*CLG/E* II, 17, N7, 3293).⁴

Un texto muy importante de los manuscritos de Ginebra vuelve aun más explícita esta exigencia de semiotización de la figura vocal:

El dualismo profundo que comprende la lengua no reside en el dualismo del sonido y de la idea, del fenómeno vocal y del fenómeno mental; esa es la forma fácil y perniciosa de concebirlo. Este dualismo reside en la dualidad del fenómeno vocal *como tal*, y del fenómeno vocal *como signo* –del hecho físico (objetivo) y del hecho físico-mental (subjetivo)– pero no del hecho “físico” del sonido por oposición al hecho “mental” de la significación. Hay un primer dominio, interior, psíquico, donde existen el signo tanto como la significación, uno indisolublemente ligado a la otra; y hay un segundo dominio, exterior, donde existe sólo el “signo”, pero en esa instancia el signo, reducido a una sucesión de *ondas sonoras*, no merece para nosotros más que el nombre de *figura vocal*. (*Fondos BPU* 1996. IId. Itálica del autor)

El fenómeno vocal queda en pura figura, una seguidilla de ondas sonoras, cuando la *correlación* con la significación (el significante) no se realiza. Es *signo*, perteneciente al “dominio psíquico” (del orden “espiritual”, y en consecuencia, de la conciencia), cuando está indisolublemente ligado a la significación como su valor. *Generalización y semiotización*, estas son las dos “vastas operaciones” que despojan al fenómeno vocal de todo carácter, para reducirlo a un *elemento tácito*.

3. “PARA COMENZAR POR UNA DULCE PENDIENTE”

El rigor del gesto saussureano es sobrehumano; la consistencia de su filosofía, aguda; la perseverancia en el proyecto, voluntarista; el aforismo, crispado. Hemos dicho que no conviene reemplazar el centro por el límite. La *materia* y el *cuerpo* sin embargo no se dejan domesticar: hacer callar la voz por una imposible reducción del fenómeno vocal al elemento tácito, neutralizar el impacto estésico sobre el oído es hacer del “lugar de verdad” aforístico una catedral fantomática. La “propia vida material del signo” (*CLG/E* I, 169, N 10, 1268), de la que habla Saussure en su artículo conmemorativo sobre Whitney, amenaza desde el margen. Una cierta “pendiente dulce” nos lleva fatalmente, centrífugamente, hacia la voz y el oído. El artículo sobre Whitney sugiere que, visto que la correlación semiótica no es ni motivada ni natural, “los signos están abandonados a su *propia vida material* de una manera desconocida en los dominios donde la forma exterior podrá reclamarse del más ligero grado de conexión con la idea” (*CLG/E* I, 169, N 10, 1268). La “nuli-

dad interna de los signos”, debida a la inmotivación del significante por el mundo de los referentes (la lengua no es adámica: no es una nomenclatura) y por el mundo de las significaciones, da al significante una ligereza, una capacidad de “combinación huidiza”, “torbellino de signos” donde la “vida material” del signo aprovecha el movimiento del Tiempo, última coerción de la vida de la materia (*Note Item, CLG/E II*, 38, N15, 3316. 1). Que el *hecho oral* es un “hecho de palabra” no merece desprecio epistemológico; el hecho oral es del *dominio vocal*: en la fórmula del propio Saussure “la lengua es el teatro de un estallido de fenómenos” (*BPU* 1996, Ms. Fr. 3952. 4b).

En consecuencia hay algo de fenomenal en el nivel de la palabra (el hecho oral) y también a nivel del juego de la lengua (el dominio vocal, el hecho vocal: de la palabra a la lengua, el brillante fenómeno de lo vocal) es la voz que *estalla* en miles de sonidos, de tonos y de esfumaturas. Dos notas para agregar. Por una parte lo *concreto fonológico* compromete la *temporalidad*: lo que las tijeras del Oído analista recortan no es una hoja de papel (lo *concreto fonológico* no es un espacio), sino la sola dimensión de la cadena. El *dominio vocal* está intrínsecamente ligado al Tiempo y no puede ser espacializado. Y por otra, en el orden lingüístico, allí donde la imagen acústica es el valor del concepto (o el significante el valor del significado), el Oído analizará lo concreto fonológico *como una cualidad*:

Hace falta que el concepto sea el valor de una imagen acústica para formar parte del orden lingüístico [...] El concepto se vuelve una *cualidad* de la sustancia acústica, como la sonoridad se vuelve una *cualidad* de la sustancia conceptual. (1232. 1696. 5 III Ctn.)

El *ser vocal* compromete al Tiempo sin ser espacializable, el ser vocal es una presencia *cualitativa*. Esta doble dimensión –del Tiempo y de la Cualidad– marca fuertemente a la metafísica saussureana de la voz y del oído. El Tiempo acompaña, hace posible la cadena fónica, “cosa concreta” (*Ms. Harv. Fr. 45, 204-205*), hace entrar a la *lengua en acción como discurso*. La noción de “discurso”, tan discreta en las notas manuscritas, sugiere toda la problemática de la *sintagmatización*. Recordemos su célebre *Nota sobre el discurso*:

La lengua no fue creada sino con vistas al discurso, pero ¿qué es lo que separa el discurso de la lengua, o qué es lo que, en un determinado momento, permite decir que la lengua *entra en acción como discurso*? [...] ¿Qué hace falta para que tengamos la idea de que uno quiere significar algo usando los términos que están a disposición en la lengua? Es la misma cuestión que saber qué es el *discurso*, y a primera vista la respuesta es simple: el discurso consiste, aunque sea

de modo rudimentario y por vías que aún ignoramos, en afirmar un lazo entre dos conceptos que se presentan *revestidos de forma lingüística*, mientras que la lengua no hace más que actualizar previamente los conceptos aislados, que *esperan ser puestos en relación* para que haya significación del pensamiento. (*Fondos BPU*, en *CFS*, 43, 1989-90: 94)

La metáfora “vestimentaria” de este texto es sugestiva. La afirmación de la existencia de un lazo entre dos conceptos en el discurso es un procedimiento de “vestirse”: se presentan en el discurso como *revestidos* de la forma lingüística, de la figura vocal. La voz, en el discurso, *viste* a esos pobres seres platónicos que son los conceptos. Soy de los que no me inclino a identificar la *discursivización* con la *sintagmatización*. La puesta en valor que surge de la sintagmatización, es decir, la puesta en valor *in praesentia* es un corolario del carácter lineal de la producción lingüística, pero esta linealidad se vuelve puramente *espacial*.

No voy a debatir aquí que “algo delicado está en la frontera entre los dos dominios [es decir] las dos esferas de *lengua-habla*”. “Problema difícil de resolver”, suspira el maestro, y “en el sintagma, un punto delicado: la separación entre lengua y habla” (1.283-284. 2010/2013. AM2-5 III *Dég. Ctn.* y 1.284.2016.5 III. Ctn.). El orden de sucesión sintagmática o la relación sintagmática *in praesentia* es un orden espacial y abstracto, aun si estas entidades se hallan simultáneamente presentes en una sintaxis espacializante y desencarnada. Se puede salir de esta duda afirmando que la discursivización agrega dos operaciones a la sintagmatización: el discurso es *temporal*, *vestido* o *vocalizado*. La vocalización discursiva surge, en toda su dialéctica, de una linealidad esta vez efectivamente *temporal*.

La *Cualidad*, luego del *Tiempo*, se introduce en el “lugar de verdad” saussureano como otra marca de la metafísica liminar entre la voz y el oído. Particularmente los manuscritos de Harvard muestran una cierta sensibilidad del lingüista por lo *cualitativo*. Lo *físico-cualitativo* es percibido como la *esfera*, el ambiente, donde se espera hablar. El importante fragmento 48 dice: “La diferencia de consonante y de vocal es ‘cuantitativa’. Es por esto que se puede hacer definiciones sin inquietarse por la *esfera* de la cual se habla. Fisiológicamente cuantitativo, físicamente *cualitativo*” (*Ms. Harv. Fr. 48, 205*).

Hay una esfera cualitativa sobre la que se perfilan las afinidades, identidades y diferencias y es de naturaleza cualitativa y física: lo físico es la esfera; el ambiente, el horizonte acústico. La fonética semiológica de los manuscritos de Harvard es “una físico-acústica” (*Ms. Harv. Fr. 23, 200*). Lo cualitativo es sensorial, y es importante subrayar que el maestro ginebrino, en sus notas filosóficas, no evita el problema de la *visibilidad* y de la *tangibilidad* del

lenguaje. La metafísica de la voz y del oído, donde todo debería ser cuestión de oído, evoca los sentidos liminares de la *vista* y del *tacto*. Lo tangible aparece por lo menos cuatro veces en los manuscritos de Ginebra y de Harvard, pero hay deslizamientos que debemos analizar:

a. Todo valor tiene dos caras como el signo lingüístico. Cuando este valor tiene un pie, una raíz en las cosas [...] es relativamente posible seguirlo, [...] guarda una *cierta base tangible*, las materialidades están ahí. (1.178.1325-1329.5 III Ctn. Itálica del autor)

b. No es menos cierto que el único hecho *abstracto*, la *identidad acústica*, forma una sola *entidad acústica*; y que no hay que buscar un objeto primero *más tangible* que este objeto abstracto. (Fondos BPU 1996. Vb. Itálica del autor)

c. Si el lingüista nos probara que existe en el lenguaje un *primer objeto tangible*, anterior al análisis y no posterior a este, no solamente cesaríamos de escribir [...]. (2.27.3299 S y M. Itálica del autor)

d. En la lengua tenemos un objeto, hecho de naturaleza concreta. Estos signos no son abstracciones, por más espirituales que sean [...]; es un conjunto de realidades parecidas a otras realidades psíquicas. Hay que agregar que *la lengua es tangible*, es decir, traducible en imágenes fijas como las imágenes visuales, lo que no es posible en los actos de habla. (1.44.269.5 III Ctn. Itálica del autor)

La primera nota enuncia que el signo en tanto valor guarda una *cierta base tangible*, se enraza en la *materialidad*. La segunda dice que el gesto aforístico de construcción de un lugar de verdad no debería trascender al objeto abstracto en la búsqueda de un objeto primero *más tangible*. La tercera proclama el fin del gesto aforístico si la existencia de un *primer objeto tangible* en la lengua está probado. Y por último la cuarta nota nos libra un secreto inesperado: que la concreción de la lengua consiste en su *tangibilidad*, pero una tangibilidad traducible en *visibilidad*. La figura acústica o vocal es, en efecto, una *imagen visual*. El oído “se traduce” en vista, el tono en imagen, reducción del blasón del cuerpo a la sola visión.

Traducción o transposición de la audición en visión, la metafísica saussureana alcanza el fantasma de la metafísica occidental. El instinto filosófico alcanza su paradigma: linealidad espacial contra el Tiempo, visibilidad generalizada contra el tocar. Lo audible no está del lado de lo tangible sino es solidario con lo visible. No hay que sorprenderse de que Lucrecio y Descartes no sean honrados por la metafísica saussureana: la “imagen acústica”, el soni-

do de la voz, no cosquillea en la oreja, como sospechaba Descartes, ni la hiere como lo cantaba Lucrecio.

Visualización y espacialización van de la mano. Dos *Notes Item* evocan la *linterna mágica* con un mismo argumento. Si uno muestra en una linterna mágica *sucesivamente* una serie de discos de color diferente, será “psicológicamente” casi imposible representarlos en serie, formando un todo. Si uno *yuxtapone* esos mismos colores en el disco, la figura será “percibida” por todos, y Saussure concluye que el desarrollo espacial es la mejor representación de la palabra, “que es sin embargo *temporal*” (*Ancien Item*, Engler 1968-74, 3316.2). Paradojalmente lo que se juega entre la voz y el oído no es la música sino la pintura. La pintura, sugiere el lingüista, “toca a la significancia de las cosas” (*Ancien Item*, Engler 1968-74, 3318.5), y también explica en otra *Nota* que con la música:

Del mismo modo que la frase musical se desarrolla en el tiempo, porque la recordamos [...] la *frase visual* que podría ser, por ejemplo, una línea de montañas [...] pero cosa curiosa: no hay frase visual consistente en momentos sucesivos, y es por esto que somos llevados a la representación gráfica. (*Ancien Item*, Engler 1968-74, 3318.7)

Grafismo de la sucesión temporal, espacialización del tiempo, visualización del sonido. El aforismo saussureano, su “lugar de verdad” está *coloreado*, su metafísica es *sonora*. El *tono del color* es aforístico; el *tono del sonido*, metafísico. Toda Cualidad es antes que nada cualidad visual: el color es la Cualidad por excelencia.

El interés de Saussure por el “color de las vocales” demuestra nuevamente su ambivalencia frente a la sonoridad. Las vocales provocan sinestias; sin embargo no es el sonido de las vocales sino su *grafismo* el que connota los colores. Veremos que Saussure no trata la “audición coloreada” —ampliamente discutida por la psicopatología de la época— sino el *grafismo coloreado*, y dado que estamos entonces en plena espacialidad, en plena visibilidad; la sinestesia se transforma en *anestesia*:

“¿Qué color encuentra usted en las vocales?” Yo no creo que se pueda responder a esta pregunta [...] en los términos en que ha sido hecha. Porque la circunstancia que me llama la atención es la siguiente: escribimos en francés la misma vocal de cuatro maneras diferentes en “*terrain*”, “*plein*”, “*matin*”, “*chien*”. Cuando esta vocal está escrita “*ain*”, la veo en amarillo pálido, como un ladrillo sin cocer en el horno; cuando está escrita “*ein*” me hace el efecto de

una red de venas violáceas; cuando está escrita en “in”, no sé qué sensación de color evoca en mi espíritu, y pienso que tal vez no evoque ninguna; finalmente, si está escrita en “en” [...], el conjunto del grupo “ien” me recuerda una maña de cuerdas de cáñamo frescas, que aún no adquirieron la tinta blancuzca de las cuerdas usadas. No es entonces, me parece, la vocal en cuanto tal, es decir *tal que ella existe para el oído*, la que llama a una cierta sensación visual correspondiente. Por otra parte, no es tampoco la vista de una letra o de un cierto grupo de letras lo que llama a esta sensación. Es la vocal como contenido en esta *expresión gráfica*, es el *ser imaginario* que forma esta primera asociación de ideas, la que, por otras asociaciones, se me aparece como dotada de una cierta *consistencia* y de un cierto *color*, de una cierta *forma* y de un cierto *olor*. [Este ser imaginario] está caracterizado por un *aspecto*, un *tinte*, una *textura*. (Flournoy 1893: 50, citado por Fehr (1997: 161-162). Itálica del autor)

El *ser imaginario* es una Cualidad dotada de consistencia, de un color, de una forma, hasta de un olor, y caracterizada por tal aspecto, tinte, textura. Sinestesia interesante porque combina el sentido íntimo del tacto y del olfato con la vista del color y del “tinte”. Sinestesia anestésica porque el ser imaginario, la Cualidad, está provocada por la sensación o la percepción de la expresión gráfica y no por el sonido o el tono. Continuemos la lectura de la carta a Flournoy:

En francés “a”, la vocal “a”, la letra “a”, es blancuzca, cercana al amarillo; como consistencia, es una cosa sólida, pero poco gruesa, que *se quiebra* fácilmente en el caso de un choque, por ejemplo un papel enmarcado, amarillento por el tiempo, una puerta delgada —de madera—, que podría quebrarse al mínimo golpe, una cáscara de huevo *ya rajada* y que uno puede seguir quebrando bajo la presión de los dedos. Mejor aún: la cáscara de un huevo crudo es la “a” (sea por el color, sea por la consistencia del objeto), pero la cáscara de un huevo duro no es “a”, en razón de que el sentimiento que tenemos del objeto es compacto, resistente. El vidrio amarillento es “a”; un vidrio de color ordinario que ofrece reflejos azulados es todo lo contrario de la “a” a causa de su color, aunque su consistencia sea conveniente.

La “a” es blancuzca, cercana al amarillo; el vidrio amarillento es “a” y está bien, esta vez; el *sonido a* porque la experiencia sinestésica descansa sobre la sensación de ciertos ruidos: una cosa sólida que *se quiebra*, una cáscara de huevo que *crepita* bajo nuestros dedos.

4. LA SANCIÓN DE LA VOZ, EL OÍDO SOLICITADO

Nos hemos esforzado por poner en escena aquello no dicho, lo casi indecible, esta metafísica liminar donde el Tiempo y la Cualidad reinan, siempre en peligro de espacialización y de visualización trascendente, conmoviendo el aforismo saussureano. Concluyamos señalando algunas ambivalencias constitutivas concernientes a la voz y al oído en los manuscritos de Ginebra y de Harvard.

Saussure acepta, en su artículo de 1894 sobre Whitney, la proposición del lingüista norteamericano según la cual “los hombres se han servido de la voz para suministrar signos a sus ideas como si se hubieran servido del gesto o de otra cosa, y porque les ha parecido *más cómodo* servirse de la voz” (*Notes pour un article sur Whitney*. Engler 1968-74, XI, 3297.168 y 173-174). Saussure no cejará nunca: la voz, por razones de pura comodidad, es, sin tener privilegios, la mejor entre los *instrumentos* semióticos:

Ausencia de lenguajes importantes reposando sobre otro instrumento que el de la *voz* para producir el signo. De allí que se haya hablado del lenguaje hablado como *función* del organismo humano, mezclando lo que es relativo a la voz con lo que es relativo a la traducción del pensamiento por un signo que puede ser absolutamente cualquier cosa e implicar un perfeccionamiento y una gramática tanto según los signos visuales o táctiles como según los signos no menos convencionales que elegiremos *en la voz*. (*Anciens Documents*. Engler 1968-74, XVb, 3326. Itálica del autor).

Tal es la enseñanza “oficial”. La imagen acústica, el ser vocal psíquico es el producto de una domesticación galileana de generalización, de literalización: de la *sensación* a la *imagen acústica*. Sin embargo, entre la sensación y la imagen acústica, Saussure intercala la *impresión* acústica, una sonoridad que *impresiona*, que *solicita* al oído. Sugiere que hay que tener en cuenta lo que llama “la triple *ratificación de la voz*, del suspiro a la articulación” para comprender lo que es la *solicitud del oído*. Que la voz, en la figura vocal “impresione, solicite” al oído, no por su función semiótica —la función de conllevar una significación— sino *estéticamente, configurativamente*, está sugerido en una nota de los nuevos manuscritos de Ginebra:

Una figura vocal [...] es para la conciencia de los sujetos hablantes, *determinada*, es decir a la vez existente y delimitada. No es nada más ni nada menos. No tiene necesariamente un “sentido” preciso, pero ella se resiente como algo que *es*, que luego no será más, o no será la misma cosa, si uno cambiara algo a su *exacta configuración*. (*Fondos BPU* 1996. VIe. Itálica del autor)

Y el oído, estimulado por esta cualidad sonora, “analiza”, “decide” si hay “similitudes, identidades, diferencias”. El fragmento 32 de los manuscritos de Harvard dice: “El Oído no puede naturalmente *decidir* nada más que las semejanzas, las identidades y las diferencias de percepción (*Ms. Harv. Fr. 32, 202*). El oído analiza, decide, evalúa, juzga, y *aprecia* la sollicitación de la Voz, y deberemos apelar a esta decisión, a este juicio, a esta apreciación para “proclamar la existencia del lugar de la verdad” que es la lengua, el objeto de una epistemología programática que no sabrá emanciparse de esta metafísica liminar donde la *estesia sonora* de la Voz y su *tonalidad* impresiona a ese analista-hermeneuta que es el Oído.

Livramento (Portugal)-Bruselas, abril-junio de 2001

Traducción de Lucrecia Escudero Chauvel

NOTAS

1. Los manuscritos de Harvard están compuestos por cinco cuadernos clasificados por Roman Jakobson en un fichero VIII, cuyo contenido puede considerarse como el principio de un *Tratado de fonética* (de aproximadamente 153 páginas), que Saussure redacta en el año 1890. Este contenido sería asimilable al de los manuscritos de Ginebra, de los Fondos de la Biblioteca Pública Universitaria (BPU) clasificados en 1996 con el título *De la esencia doble del lenguaje*, sin duda escritos para la misma época. Es probable que los dos fondos (el de Harvard y el de Ginebra) formaran un solo conjunto. [Actualmente están reunidos en la edición crítica de Gallimard (2002).]
2. Ms. Harv. Fragmento 55, 206-207 donde Saussure habla “de las funciones del aparato como los [sic] de una máquina”.
3. “¿La lingüística reencuentra, como objeto primero e inmediato un objeto *dado*, un conjunto de cosas que caen bajo el sentido, como es el caso de la física, de la química, de la botánica o de la astrología? De ningún modo y en ningún momento: ella está ubicada en el extremo opuesto de las ciencias que pueden partir *del dato de los sentidos*.” (Fondos BPU 1996. Ilc.)
4. Fehr comenta así esta fórmula: “Lo que interesa al lingüista en el sonido del lenguaje no es la materialidad –acústica o fisiológica– de estos ‘objetos exteriores’, que es percibida por los sentidos, sino *el hecho de que sirven como signos*. El problema de saber ‘en qué medida un objeto exterior es signo’ resulta imposible de responder analizando aquello que en este objeto es perceptible por los sentidos” (Fehr 1997: 114).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOUQUET, S. (1997) *Introduction à la lecture de Saussure*. París: Payot.
- BENVENISTE, E. (1963) “Saussure après un demi-siècle”, *Cahiers Ferdinand de Saussure* 20, 7-21.
- FEHR, J. (1997) *Saussure entre lingüística et sémiologie*. París: P.U.F.
- FLOURNOY, Th. (1893) *Des phénomènes de synopsis (audition colorée)*. París. Genève.
- GODEL, R. (1957) *Les sources manuscrites du Cours de Lingüistique Générale*. Ginebra: Droz.
- NORMAND, Cl. (2000) *Saussure*. París: Les belles lettres.
- NORMAND, Cl., CAUSSAT, P. et al. (1978) *Avant Saussure*. Bruselas: Complexe.
- PARRET, H. (1972) *Langage and Discourse*. La Haya: Mouton.
- SAUSSURE, F. de (1878) *Mémoire*.
- (1916) *Cours de Lingüistique Générale*. París: Payot. Edición crítica de Rudolf Engler (1968).
- (circa 1980 [1996]) *Manuscritos de Ginebra y Notas preparatorias para el Cours de Lingüistique Générale. De l'essence double du langage*. Fondo de la Biblioteca Pública Universitaria de Ginebra.
- *Manuscritos de Harvard (Ms. Harv.). Traité de Phonétique (1890)*. Fondo de la Universidad de Harvard.
- (2002) *Écrits de Lingüistique Générale*. París: Gallimard. Editados por Simon Bouquet y Rudolf Engler.
- TROUBETZKOY, N (1939 [1970]) *Principes de phonologie*. París: Klincksieck.
- ZILBERBERG, Cl. (1985) “Retour à Saussure?”, *Actes Sémiotiques* 63. París.

ABSTRACT

This article analyses the Saussure's Harvard and Genève manuscripts, discovered in 1996, in a philosophical and epistemological perspective. A new Saussure appeared in this manuscripts, more close to a modern perspective of cognitive studies, a synesthetic semiotics, combined vocal articulation, tactile experiences, and colors in a new point of view about sense production's.

Herman Parret es filósofo y semiólogo. Profesor Extraordinario en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y director de investigaciones para el Fondo Belga de la Investigación Científica, ha dictado seminarios en universidades europeas, norteamericanas y de América latina. Ha sido uno de los introductores de la problemática de las pasiones en la semiótica. Sus escritos abarcan la filosofía del lenguaje, la epistemología de la lingüística y

de la semiótica, y la estética filosófica. Entre sus fundamentales publicaciones podemos citar: *L'esthétique de la communication. Au delà de la pragmatique* (Ousia, 1999); *Peirce and Value Theory. On Peircean Ethic and Aesthetic* (ed.) (Benjamins, 1994); *Les sens et ser hétérogénéités* (1991); *Le sublime du quotidien* (Hadès-Benjamin, 1988); *Les passions. Essai sur la mise en discours de la subjectivité* (Pierre Mardaga, 1986); *De la croyance. Approches épistemologiques et sémiotiques* (Walter de Gruyter, 1983).

E-mail: herman.parret@hiw.kuleuven.ac.be

IV. LECTURAS

FERDINAND DE SAUSSURE

ÉCRITS DE LINGUISTIQUE GÉNÉRALE. EDITADOS POR SIMON BOUQUET Y RUDOLF ENGLER. París: Gallimard, 2002, 340 pp. ISBN 2-07-076116-9. Colección "Bibliothèque de philosophie". Edición en castellano de próxima aparición en **Editorial Gedisa**.

He pensado en Ermes de Marana, el falsario que pone en movimiento toda la historia de *Si una noche de invierno un viajero*. Tan calviniano me parece el descubrimiento en 1996, en la casa del siglo XVIII de la familia Saussure en Ginebra, de una resma de manuscritos del refundador de la lingüística general e inventor de la Semiología. Se sabía que Ferdinand de Saussure era hombre de pocos escritos y que el célebre *Cours de Linguistique Générale* había sido redactado en 1916 por sus discípulos Charles Bally y Albert Sechehaye partiendo de los apuntes de sus estudiantes. Tullio De Mauro publicó en italiano una edición muy cuidada. En 1957 Robert Godel inaugura la era de las investigaciones exegéticas, publicando algunas fuentes manuscritas, y diez años después Rudolf Engler (1968) recogió todas las notas de los estudiantes y los textos autobiográficos disponibles en una nueva edición crítica del *Cours*.

Starobinski publicó luego un singular escrito sobre los anagramas. Pero he aquí el sorprendente descubrimiento de estos nuevos manuscritos, escrupulosamente editados por Simon Bouquet y

Rudolf Engler en el nuevo volumen *Écrits de Linguistique Générale* publicado por Gallimard. El mosaico de los apuntes está ordenado en cuatro partes: 1. Sobre la doble esencia del lenguaje. 2. Ítem y aforismos. 3. Otros escritos de lingüística general. 4. Notas preparatorias al curso de lingüística general. Una intriga y un enredo que ahora están disponibles también en el sitio del Instituto F. de Saussure: www.institut-saussure.org.

En la introducción se hace referencia a una sucesiva publicación de las *Leçons de Linguistique Générale* y se subraya la novedad de algunos nudos del pensamiento saussureano, en la incompleta redacción de su descubrimiento. No es el caso de reiterar los términos de la ruptura epistemológica que refundó la ciencia de los lenguajes. En una reciente introducción a la historieta, y al estudio de los medios masivos de comunicación, se ha dedicado un capítulo a lo arbitrario del signo, a su aprehensión sincrónica, a la oposición entre lengua y habla, a la articulación biplánica del significante y del significado. El habla saussureana, aunque haya sido redactada por otros, ha impregnado —no sin equívocos y resis-